

Prólogo

Un día de otoño (14 de junio del año 2005), revisando aún los textos que componen esta compilación, nos alcanzó una lamentable noticia: Juan Abugattas no estaba ya entre nosotros. Su muerte nos llegaba de súbito, enfrentándonos con una posibilidad que nos habíamos negado a admitir, seguramente por esa aspiración a la permanencia que lleva consigo la amistad.

Nuestro aprecio por Juan, compartido por todos los que tuvimos la suerte de conocerlo, se fundaba en primerísimo lugar en su condición de hombre bueno, íntegro, entrañablemente comprometido con la vida: Por eso nuestra extrañeza, de allí el pasmo que hemos experimentado al saber que ella lo había abandonado.

Hombre cabal, Juanito vivió con intensidad el Perú y desde aquí nuestro mundo, atento siempre, con una inusual lucidez, a nuestro destino como colectividad. Con una brillante carrera académica, sustentada en su excepcional nivel intelectual, bien podría haber buscado otros rumbos, distantes de un país en permanente crisis, un país que algunos juzgan poco propicio para la vocación intelectual. De él aprendimos el valor del compromiso intelectual, moral, con la condición humana, con el destino de nuestra gente, sin el cual el ejercicio del pensamiento deviene formal, privado de sustancia vital, presa de la frivolidad, cuando no cínico e instrumental a los poderes de turno.

[9]

Maestro de talla y vocación, hizo del compromiso con la educación un permanente signo vital. Apenas días antes de su deceso intervenía activamente en el debate sobre el destino de la educación superior en el Perú, irresponsablemente arrastrada al deterioro. Sus últimas declaraciones al respecto ratificaban la urgencia de promover una honda reforma de la universidad, tarea que en su condición de Viceministro de Educación estimuló activamente, inusualmente, en un ministerio cuyo horizonte tradicional no fue más allá de la educación básica, como si ésta fuera autárquica, como si el destino del país no pendiera peligrosamente de su capacidad de producir ciencia, tecnología y elites intelectuales del más alto nivel.

Fue precisamente durante su gestión en este ministerio que se constituyó la Comisión Nacional de la Segunda Reforma Universitaria, decisión con la que se abrió el actual debate sobre la universidad en el Perú, tras largos años de ausencia en la agenda sobre la educación. Desde entonces muchos elementos han vigorizado ese debate y no nos cabe la menor duda de que tarde o temprano aquella reforma habrá de materializarse.

Nuestro hondo aprecio por la contribución académica de Juan Abugattás, la cual merece comentario mayor, que este espacio no podría albergar, se sustenta en la profundidad intelectual y moral de su pensamiento que, no obstante, tuvo siempre la virtud de transmitir con sencillez y belleza. Nuestra consternación por su muerte seguramente también corresponde a la esperanza frustrada de ver plasmado su pensamiento en una obra orgánica, que él, vital como era, fue posponiendo para atender el cúmulo de urgencias que supone vivir con intensidad el Perú. Con esta publicación buscamos contribuir en parte a la tarea de acopiar sus escritos y ponerlos al alcance de los peruanos, cuyo destino fue el eje de su pensamiento y acción.

El presente texto contiene un conjunto de ensayos recopilados temáticamente y siguiendo un orden cronológico. Un primer grupo de textos atiende a la encrucijada histórica en que se halla la humanidad como resultado de la hegemonía global del proyecto

civilizatorio de la modernidad, que ha conducido a un orden intrínsecamente excluyente y adverso a la expansión de la vida. En ellos, efectúa a la vez un tenso ejercicio de prospectiva respecto a las posibilidades de preservar los valores centrales del humanismo, puestos en cuestión por aquel orden que corre parejas con la artificialización que la tecnociencia —elemento central en el proyecto moderno— genera. Un segundo grupo de ensayos da cuenta de los motivos centrales de su reflexión sobre el Perú, efectuando un balance de los proyectos que le dieron origen y, atendiendo a los retos y posibilidades de una acción colectiva tendiente a construir una comunidad inclusiva y viable, en un nuevo horizonte civilizatorio, universalizable.

Se trata de textos que tienen como común denominador la preocupación vital por definir las condiciones de viabilidad de un proyecto colectivo que nos permita andar los caminos conducentes a nuestro bienestar; condiciones que el autor juzga de alcance civilizatorio. Llamando la atención sobre el hecho de que nuestro territorio ha constituido uno de los mayores espacios de experimentación política del planeta y, ciertamente, uno de los centros civilizatorios de la humanidad. Nos invita a confiar en nuestras fuerzas, a efectuar un gran esfuerzo de reflexión e imaginación que explore los horizontes de una civilización alternativa al actual orden global excluyente, nihilista. Reafirmando que otro mundo es posible, nos convoca a emprender la aventura histórica de su construcción, remontando nuestra actual situación de debilidad; empresa en la que tenemos la certeza de que nos anima y acompaña para, como él lo hiciera, retar la adversidad; apostando por la vida; con pleno sentido de colectividad; aquel que él cultivó con integridad, con una belleza que siempre irá asociada a su memoria.

Finalmente, queremos expresar nuestro público agradecimiento al apoyo que esta publicación ha recibido de la UNESCO, particularmente de su representante en el Perú, la Sra. Patricia Uribe, sin cuya generosidad esta edición hubiera sido imposible.

Zenón Depaz Toledo
Lima, noviembre de 2005



Introducción

Lo que a continuación se somete a tu consideración, estimado lector, es una colección heterogénea de ensayos recopilados por generosa iniciativa de mis colegas y amigos del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de San Marcos. Carlos Mora, Miguel Ángel Polo, Javier Aldama y Zenón Depaz han confabulado, en conspiración amable, para ayudarme a juntar escritos que estaban desperdigados por diversas publicaciones, no siempre de fácil acceso.

En verdad, ese ha sido un primer criterio de selección. No hay en esta antología escritos publicados en medios de mayor accesibilidad o aquellos que hayan aparecido en publicaciones de San Marcos.

El otro criterio tiene que ver con el contenido de los ensayos. Hay ensayos sobre las formas posibles del futuro en cuanto que este pueda ser determinado por la tecnología, pero también en función de las transformaciones morales que el tránsito de un orden histórico de destinos individualizados, como el actual, a otro de destino colectivo podría demandar. Un segundo grupo de ensayos está referido al Perú, que a lo largo de toda mi vida profesional, quizá por motivaciones más irracionales que de otra índole, he mantenido como frecuente objeto de preocupación, angustia y especulación.

Los ensayos no conforman un cuerpo estrictamente coherente de propuestas. Por el contrario, si algo permiten apreciar, más allá de que pueda ser objeto de interés, es la evolución de algunas de las tesis y formas de pensar que estoy hoy dispuesto a sostener. En ese sentido, resulta importante tener en cuenta las fechas de publicación de cada uno de los artículos. Hay temas en los que se apreciará una modificación sustantiva de los puntos de vista. Por ejemplo, en relación con la función de la tecnología en la posible construcción de un medio artificial capaz de sostener la vida humana.

Cuando empecé a interesarme en este tema, me impresionó, como a muchos, la toma de conciencia de la vinculación entre el proyecto de dominio de la naturaleza en la modernidad y las formas específicas que han adoptado la ciencia y la técnica en los últimos siglos. En alguna medida, compartía la visión crítica entonces tan de moda. Pero luego, sin perder de vista ese hecho central por sus enormes implicancias prácticas y epistemológicas, me fui orientando hacia la convicción de que lo que se requiere es apostar a una transformación cualitativa de la ciencia y de la tecnología, pero no con miras a la restitución de una relación con la naturaleza no mediada por ellas, sino, por el contrario, a potenciar esa función mediadora.

En otras palabras, el tema del dominio sobre la naturaleza debe ser cuidadosamente revisado. Lo que es limitante y destructivo, y hoy hay disponibles más que suficientes evidencias en ese sentido para todo aquel que sea capaz de leerlas inteligentemente y de buena fe, es la estrategia unilateral de contaminación, expoliación y explotación desarrollada por el proyecto moderno en base a concepciones bastante primitivas sobre la naturaleza humana, sobre las motivaciones y expectativas básicas de la acción y la verdadera fuente de la felicidad. Pero, precisamente por el punto histórico en que nos hallamos, en gran parte fijado por esa estrategia de dominio, la única opción viable que se ofrece a la humanidad es la del salto adelante.

Eso implica muchas, muchísimas cosas. Una de ellas, y no la menos importante, es precisamente la transformación de la ciencia y la tecnología —o como quiera denominarse en el futuro a una

forma de conocer el entorno de manera objetivable y universalizable, y además prácticamente ventajosa y útil— en un instrumento capaz de construir un medio ambiente alternativo, en gran medida artificialmente generado y sostenido por el esfuerzo racional humano, que mantenga la vida de nuestra especie y de otras muchas cuya existencia se verá en los próximos decenios amenazada justamente por el creciente deterioro de las actuales condiciones ecológicas.

Se trata, sin duda, de la mayor aventura emprendida por la humanidad, del más fascinante proyecto de creación e invención colectiva. Es claro que las condiciones para su realización no están dadas. Ni siquiera podemos saber si hay tiempo suficiente para ello. Pero si nos valoramos a nosotros mismos, si creemos sinceramente que la existencia de seres inteligentes o cuasi inteligentes, como somos los humanos, en el universo, vale la pena, no hay alternativa más justa y razonable a esta que aquí esbozo brevemente y que corresponde a mis convicciones actuales.

Ahora bien, generar las condiciones para esa aventura requiere nada más ni nada menos que sentar las bases de una nueva civilización planetaria cosmopolita. Hay en esto factores sociales, militares, políticos, culturales, etcétera, que deben ser manejados y que podrían terminar descarrilando todo el proceso, más aún, acelerando la autoextinción de la especie, como se hace cada vez más obvio a partir de la enorme irracionalidad y egoísmo con que se administra el mundo.

Si mi tiempo y capacidad personales me lo permiten, espero poder contribuir en los próximos años con un par de libros al análisis de esos temas. Ahora bien, entre ellos, hay uno extremadamente delicado, a saber, el de la transformación de la propia naturaleza humana. Hasta ahora ha sido habitual pensar que el objeto central de las preocupaciones debe ser el entorno natural, asumiéndose simultáneamente que la naturaleza humana debe permanecer incólume, inalterada. Esto ya no es evidente. Es por el contrario altamente probable que haya que aceptar que así como debe intervenir deliberadamente sobre la naturaleza exterior a fin de

configurarla como un entorno acogedor para la vida, será igualmente imprescindible rediseñar la naturaleza humana para ayudar a esa adaptación. Es obvio que los procesos naturales y los ritmos de la evolución son demasiado lentos como para depender en esta tarea de ellos. Más aún, ahora está claro que esos ritmos avanzan en dirección contraria a la sostenibilidad de la vida. Por ende, la evolución, hacia adelante, tendrá que ser parte del arte del diseño.

Conlleva esto enormes dificultades y peligros, especialmente por las dosis altas de frivolidad con que se encaran estos asuntos. Los debates sobre la llamada eugenesia liberal, es decir, la posibilidad de encargar a los padres el diseño arbitrario de los hijos así lo demuestra. Pero siendo un área de alta peligrosidad, sin duda se plantea a la filosofía como la de mayor relevancia teórica inmediata.

Es evidente asimismo que respecto de estos temas los prejuicios tradicionales basados en mitos religiosos son de poca utilidad y carecen por entero de relevancia teórica, salvo como llamados de atención y advertencias sobre los riesgos involucrados. Digo esto porque la dominación numérica que ejercen hoy las posturas religiosas en las publicaciones y en los debates de la llamada bioética puede constituirse en un obstáculo importante a la reflexión desprejuiciada, seria y sistemática sobre asuntos que por su envergadura no deben quedar librados a la superstición y al dogma, sino que deben ser encarados a partir de la racionalidad más crítica e informada que sea posible.

Este es solamente un ejemplo de la urgencia que hay por asegurar que la independencia de la reflexión racional y libremente orientada se afirme y sea preservada frente a las olas de irracionalismo que vemos aparecer por todas partes. El resurgimiento agresivo de las religiones tiene muchas explicaciones, pero no cabe duda de que un elemento poderoso es el temor. Un futuro incierto y, más aún, uno tan impredecible como el que nos aguarda, genera miedo. Pero el miedo a la muerte o a lo desconocido es lo que menos necesitamos ahora. Necesitamos una confianza en nuestras propias fuerzas, en las habilidades humanas para crear, inventar

y cambiar. Pero sobre todo necesitamos una gran alegría de vivir, una clara apuesta por el valor y el sentido de la existencia humana. Si necesitamos dioses, hay que crear unos que sean producto del engrandecimiento de nuestro propio espíritu. Los dioses del pasado, que son sin excepción los de la negación, la muerte y el temor, estarán mejor encerrados en el museo que exhiba las formas obsoletas del pensar, aquellas que en estas circunstancias son contraproducentes para asegurar un futuro deseable y viable.

Pero acecha un peligro más sutil desde el interior mismo de la filosofía. Ha tomado varias formas, pero todas tienen en común una manía, que podemos denominar la fobio-ciencia. En muchos casos estamos no ante una simple fobia, sino frente a un odio activo e irracional que se disfraza de lo que cínicamente se llama otra racionalidad.

Se origina esto, en parte, en el descarrilamiento de la crítica al papel tradicional de la ciencia y la técnica en el proyecto moderno. Ese examen crítico ha sido sin duda enormemente provechoso. Husserl, Heidegger, los filósofos de Fráncfort, los principales historiadores de la ciencia y la técnica, muchos epistemólogos como Kuhn, Feyerabend o Prigogine, y entre nosotros, Antonio Peña, nos han abierto los ojos ante las limitaciones de toda índole del método científico y de las propias teorías científicas. Empero, concluir a partir de todo ese esfuerzo crítico que la ciencia no tiene validez y que es equiparable a cualquier tipo de especulación carente de rigor es más que una majadería, es una falacia que ignora hechos tan contundentes como, por ejemplo, la existencia de un cuerpo de conocimientos internamente coherentes y consistentes, capaces de servir de base para la acción sobre el medio y que ofrecen una explicación ordenada de casi todas las esferas de la realidad física, incluyendo la vida.

A diferencia de otras revoluciones científicas, la próxima, si es seria, buscará una superación hegeliana de la actual ciencia. Es evidente que no se puede prever qué sucederá en el largo plazo. Una superación bien puede conducir a una reformulación radical de la imagen del mundo. Pero el punto de partida será la

ciencia actual enriquecida con los aportes diversos que puedan irse generando.

En cuanto a la reflexión sobre la moral, creo que será útil aclarar que mi actual apuesta es por una moral universal. La moda de los particularismos éticos me parece un fenómeno histórico perfectamente explicable a partir de los procesos de recomposición política, social y cultural en marcha. Pero la filosofía debe siempre saber distinguir entre fenómenos episódicos, aunque sean muy vistosos, y realidades permanentes.

Las sociedades se construyen sobre universales éticos derivados de los rasgos de la naturaleza humana. Obviamente, si cambiamos mañana esos rasgos, los universales, que operan como condiciones de posibilidad, también se modificarán. Ahora bien, esos universales sirven como pilares de las instituciones básicas de toda sociedad humana. No significa eso, por cierto, que todas las instituciones básicas de las diversas sociedades deben ser idénticas, clones unas de otras. Así, por ejemplo, el imperativo moral que manda que los ciudadanos de toda sociedad se reproduzcan, puede institucionalizarse de muy diversas maneras, lo cual no afecta la universalidad de la norma.

Estamos allí ante un primer nivel de universalidad. Las sociedades, especialmente en la medida en que se van haciendo más complejas y grandes, no están conformadas solamente por instituciones básicas. Hay inmensidad de formas de interrelación entre las personas que componen una sociedad que escapan a esa esfera. Es a ese nivel que la cuestión de la universalidad se plantea de manera más compleja. Generalmente, los debates han confundido planos, pero es innegable que el reto mayor acerca de la universalidad se plantea en este ámbito.

Pues bien, la diversidad moral de las sociedades, ese fenómeno que tanto temor y confusión suscita, depende en lo fundamental de las peculiaridades culturales de los grupos humanos. Sin duda, hay elementos condicionantes de la cultura, que van desde los de índole geográfica hasta los religiosos. Esos también pueden ser estudiados objetivamente, aunque ninguno de ellos por sí solo

o en conjunto con el resto es determinante en el sentido fuerte del término.

En el pasado, las sociedades se han configurado a partir de situaciones de relativa autonomía y aislamiento. Unas sociedades han influido sobre otras. Más aún, unas han logrado imponer por periodos largos su hegemonía cultural sobre muchas otras. Pero nunca había ocurrido lo que ocurre ahora, a saber, que el devenir histórico ha puesto al conjunto de la humanidad en una misma encrucijada. Como dice Peter Singer en un libro reciente, el mundo se ha hecho uno. Eso significa que, quedando siempre espacio para lo exótico, en aquellos aspectos que en el futuro se estimen indispensables para la vida, más allá de los ya identificados como condiciones de posibilidad, la unificación de criterios y normas morales tendrá que ser estricta. La especulación ética tiene como tarea principal identificar esos campos y definir las virtudes que correspondan a cada uno de ellos. Cuando hablamos de moral universal, es pues de eso que estamos hablando. Por ello, propuestas como las de hurgar en el pasado para encontrar allí los elementos de la futura moral universal, ya sea a través del diálogo interconfesional o de acuerdos basados en circunstancias pasajeras, carecen totalmente de sentido. La moral universal del futuro deberá corresponder a las visiones que se tengan del futuro y ese futuro no tendrá nada que ver con forma alguna del pasado ni del presente.

Es en este contexto que debemos reflexionar sobre nuestra propia comunidad, el Perú. Solemos olvidar con demasiada frecuencia que el territorio que ocupamos es uno de los escenarios principales de experimentación política del planeta. Hasta la conquista española, los experimentos sociopolíticos se sucedían unos a otros alcanzando formas drásticas propias de las luchas por la hegemonía, pero lo que primaba eran los principios de complementariedad y asimilación. Esto cambió radicalmente con la ruptura provocada por la irrupción europea, que vino acompañada de enfermedades novedosas que diezmaron a la población y vaciaron el territorio, y de ímpetus destructivos heredados de las guerras de

reconquista y de los fanatismos religiosos que, lejos de propiciar la asimilación y la tolerancia, abrieron las puertas a una destrucción sistemática de milenios de cultura y de aprendizajes acumulados. Lo que se instauró entonces fue una sociedad depredadora, de cuya lógica hasta el día de hoy no hemos podido zafarnos.

La República excluyente y mediocre que se fundó hace más de ciento ochenta años, dominada por la misma lógica colonial, ha fracasado totalmente. ¿Qué sino significan 60% de pobres y las miserias que azotan todo el país? ¿Qué sino indica la incapacidad de construir un proyecto compartido de vida y de plantear retos para la acción colectiva? ¿Qué sino anuncia a gritos la mediocridad e incompetencia de las élites? ¿Qué sino indica el hecho de que más del 75% de nuestros conciudadanos sueñe todas las noches con un viaje que lo aleje de este país y lo transporte a un lugar donde pueda tener una vida con esperanza?

¿Qué significa entonces reflexionar sobre el Perú? La respuesta es simple: ¿Cómo fundar en este territorio una sociedad inclusiva y viable? La cuestión no es sencilla; pues nos guste o no la era del Estado-nacional ya está pasando. Además ese esquema jamás nos sirvió ni a nosotros ni a ningún país latinoamericano. La comunidad peruana tiene que ser vista ahora ligada indisolublemente a las comunidades más próximas. Pero, ¿cómo hacer para que un grupo de 28 millones de desarraigados se comprometan a un proyecto de vida común, a una aventura histórica de envergadura? Esto se logrará solo si la reconstrucción del Perú es parte de un proyecto de gran envergadura, que involucre a Sudamérica toda y ese proyecto no puede ser otro que la concepción y realización de una civilización alternativa.

Esto tiene etapas que derivan lógicamente de las circunstancias y de la naturaleza del proyecto. Es obvio que en un primer momento lo más urgente es superar la situación de decaimiento actual. En el caso peruano, eso no es difícil, es un asunto puramente político, a saber, la aplicación de algo de sentido común en el reordenamiento de la sociedad, la economía y la política. En una segunda etapa está la consolidación de lazos de toda índole con

los países sudamericanos que se sumen al proyecto, principalmente con Bolivia, Ecuador y Brasil, sin descartar a los otros. La tercera etapa es la de mayor relevancia y la más difícil, pues implica poseer ya una idea clara del tipo de civilización a la que se aspira. Esta etapa se caracteriza por una paulatina pero segura desconexión, para usar la afortunada palabra que acuñó en relación con la economía en algún momento Samir Amín, en el ámbito cultural y de las expectativas y sueños respecto del proyecto occidental; un proyecto que hace tiempo dejó de ser una apuesta por la libertad y que crecientemente es un afán descontrolado de dominio, de poder irracional y que, además, no es en absoluto universalizable.

En la búsqueda de una alternativa civilizatoria está el hilo que une todos los esfuerzos de reflexión antes mencionados y que hace sensata y necesaria la reflexión sobre el futuro del Perú y de la América del Sur, que podrían convertirse en los escenarios privilegiados para iniciar una aventura histórica de gran envergadura. Ese es el reto que, ojalá, las nuevas generaciones tengan el coraje de asumir. Cualquier cosa menor a eso es un mero juego, un pasatiempo o, mejor, un pierde tiempo, pues como tenemos dicho, aquí estamos frente a plazos perentorios y exigencias inmediatas.

Juan Abugattas
Lima, otoño de 2005

